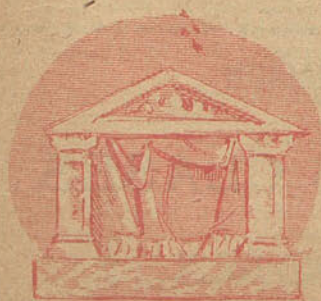


La Mosca Blanca



Kessler

Miguel Moragas

Biblioteca Nacional de España



ANUNCIOS

SUCURSAL
Aragón, 397—Desti-
nado a liquidación de
saldos.

PEQUEÑO BAZAR
de
AMADOR ALSINA
ARAGON, 399 (chafán calle Gerona)

SUCURSAL
Lauria, 39—Sección
dependiente del «Pe-
queño Bazar»

Mercería, Novedades y Géneros de punto.
Joyería, taller de relojería y composturas en paraguas, abanicos
y quincalla.—Dibujo y confección de bordados.

COLCHONERÍA

DE

Herrer y Compañía

Ronda de San Antonio, 80.

Salon Plasencia

Calle de Fernando n.º 11, entresuelo

LITOGRAFÍA

MAGIN PUJADAS

AUSIAS MARCH 99.

FRANCISCO OLIVAS

SASTRE

RAMBLA de las Flores, 11, 2.º

COMPRA, VENTA Y RESTAURACIÓN

DE

MUEBLES DE TODAS CLASES

QUINTANA Y COMA

Calle del Consulado, 31, ANTIGUOS ENCANTES

BARCELONA

La Mosca Blanca

Director: Marcial de los Ríos.

Los Miércoles de La Mosca

El 92 ha asomado las narices enseñándonos una cara que nada tiene que envidiar á la de Sagasta, por más tiempo que estén los conservadores encima.

¡Pero qué cara más fea y qué frío más sabroso el que se ha traído el año nuevo, sin tener en cuenta que le habíadetráer Vénus de la mano y que Vénus está tan desnudita como la mitad de los que gemimos bajo el poder de este gobierno Banco-Ponciano!

Les digo á Vdes. que es cosa de chuparse los dedos de gusto y si así como no quieren nuestros vinos quisieran nuestros vecinos de allende los Pirineos (como todavía dicen algunos diputados) los sabañones que este año se van á criar detrás de más de cuatro mostradores, todavía íbamos á arreglar lo del empréstito del Banco los que hasta ahora no habíamos tenido roce con otros empréstitos que con los de alguna casa de empeños de las que á un módico 60 por 100 ponen reparos en cuanto el forro de la prenda interfecta empieza á sonreír.

Con estas cosas ¡claro! las relaciones se van enfriando y casi todos los novios están de monos, y entre eso y no tener impermeable para cuando llueva, ni prenda de abrigo para cuando se necesita (que ¡vamos! siempre se necesita cuando no se tiene), andan por ahí los pollos á docenas metiéndose en los billares y considerándose desgraciados por eso y porque ¡oh dolor incomparable y cándido! no pueden llevar á la futura familia al café á tomar absolutamente nada.

Ni es tampoco el frío el único regalo con que al asomar la jeta nos ha querido obsequiar el 92: el dengue ha sentado también sus reales entre... los que los haya sentado, al empezar el año, y ya hay quien, al pasar por la *rambla de los pájaros*, siente martillazos en la cabeza en cuanto que le cae una menudencia insignificante y corre asustado á acurrucarse en las faldas de su suegra, disponiéndose á morir.

Ello es lo mismo que si huyendo de una pastora retozona fuera el Lícidas más listo de la Arcadia á meterse en la cueva del lobo; pero váyanle Vdes. con reflexiones á un hombre aprensivo que ve llegado el momento de emprender el viaje á cualquiera Necrópolis, más ó menos á pie.

Afortunadamente, según la autorizada opinión de un señor á quien yo trato, que no siendo médico no ha podido todavía matar á nadie, por lo que sabe más que muchos, el dengue no es más que mucha hambre y algo de aprensión: guayaba de Badalona, como aquel que dice.

Quien pierde con todas estas cosas es la industria nacional, porque la gente no está de humor para ir á esperar los reyes pasando por la taberna antes de ir á esperarlos y si á mano viene otro ratito después de esperarlos y hasta esperándolos allí si es preciso.

Buena prueba de ello es el zapatero del portal de mi casa, que es el primer año que ha dejado de ir á esperarlos, según tuve ocasión de oír de su misma boca la noche de autos.

Me le encontré haciendo equilibrios al salir á la calle, y al preguntarle, con cierto respeto y á una prudente distancia, si iba tan contento á esperar los Reyes me contestó, deteniéndose mucho tiempo en las eses con los pies y con la lengua:

¿Los reyes?... ¿Los reyes?... ¡A esperar la república!...

A propósito de Los Reyes:

¿Les han traído á Vds. algo?

Porque yo, que en esto como en todo, ni quito ni pongo rey, ni les he puesto nada para que me pusieran algo, ni he tenido ocasión, por consiguiente, de poder ver hasta dónde ha llegado este año su generosidad. Pero algo raro ha debido suceder este año y de mal cariz deben haber *venido*, cuando las de Rosetón echan pestes y pestes de ellos.

Las de Rosetón (tengo el gusto de presentarlas á Vdes. ausentes) son dos pimpollos inocentes pero casaderos, que viven debajo de los huéspedes del tercero de la esquina. Hicieron broma con ellos la víspera de los reyes, y, por consejo del militar y de otro señor filipino, pusieron al balcón unos zapatitos de raso, y una poquita paja dentro.

(Hay que advertir que encima del balcón de las niñas tienen los huéspedes una ventana).

Bueno, pues... á la mañana siguiente... en fin que... ¡no quieran ustedes oír lo que encontraron las niñas allí dentro.

MARIO.

LO QUE VA DE AYER A HOY, *por Fradera*



1830.



1858.



1872.



1892.

LOS REYES, por Lago



El de espadas



Los de estos días.

La cruz bendita

(A mi querido amigo Juan Becerril.)

I.

¡Qué aturrida y qué confusa
se hallaba la pobre niña!
Reclinada en una peña,
Mirada en otra la vista,
con las manos enlazadas,
con la cara compungida,
olvidándose de todo,
cabizbaja, pensativa,
estaba la mas hermosa
de todas las campesinas,
con una importante idea
en su pensamiento fija,
tan triste, que la anonada,
que la apena y martiriza;
idea triste que la hace
que el llanto por sus mejillas
se resbale, semejando
piedras brillantes fundidas;
idea triste, tan triste
que hace que dos lagrimas,
engendradas por las penas
y de sus ojos nacidas,
se evaporen en sus ojos
por el ardor de su vista.
El Sol por el Occidente
poco á poco se escondía;
la tierra se caldeaba,
era caluroso el clima;
luchaba el aire caliente
con la imperceptible brisa,
que aunque imperceptible, daba
color rojo a las mejillas
de la adorable doncella,
de la hermosa campesina.
—¿Qué es lo que he de hacer, Dios
(¡mío! —

murmuraba entristecida:
—Yo te quiero con locura,
sé que soy correspondida,
mas rompiendo la costumbre,
quiere á solas una cita,
cuando siempre que nos vimos
hubo testigos de vista;
¿qué intención, lleva, Dios santo,
con tan extraña manía?
¿cómo salir de esta duda
que me es tan comprometida?...
dos horas llevo pensando;
dos horas llevo indecisa:
si no accedo á lo que pide,
de fijo se enojará,
y solo pensar en eso
me anonada y martiriza;
pero si accedo, mi honra,
que estimo más que mi vida,
aunque sé bien que él es noble,
se expone y peligrará;
¡me estremezco solamente
de pensar en ser perdida!—
Y haciendo un gesto de duda
se quedó la pobre niña
otra vez más, meditando
y otra vez mas indecisa.

Hubo pasa lo un momento,
y radiante de alegría,
murmuraba sonriente
la adorable campesina:
—Ya he encontrado al fin la clave
de tan enredoso enigma;
accederé á lo que pide
con la condición precisa
de que ha de ser, para vernos,

el punto de nuestra cita,
al pie de la cruz de piedra
que hay del pueblo á la salida.
Así mi preciosa honra
no se expone ni peligrará;
¡tendré un guardian invencible
que será la cruz bendita!—

II.

¡Vedla qué alegre y ufana
va la hermosa campesina!
Su novio la esta esperando
en el lugar de la cita:
la ve venir, se levanta;
sale al punto á recibirla;
cójense los dos del brazo
hinchidos ambos de dicha;
llegan luego muy juntos
al sitio de la entrevista;
dos almas al son de un beso
se funden en una misma...
y caen los dos abrazados
al pie de la cruz bendita.

III.

Ahora ya nadie se acuerda
de la hermosa campesina.
Ha pasado mucho tiempo
de aquella amorosa cita;
de pronto la cruz de piedra
por la luna se ilumina;
de camino para el pueblo
pasa una mujer de prisa,
y al fijar indiferente
sobre la piedra la vista...
¡da un grito y se marcha huyendo
de donde la cruz bendita!

FRANCISCO DE LA ESCALERA.

Las mujeres

—¡Ya no hay mujeres! Las señoras y los perros de perdices han degenerado mucho—decía un señor que era natural de D. Benito, provincia de Badajóz.

Y tenía razón; hace cuarenta años, las señoritas más distinguidas, se figuraban que Inglaterra estaba un poquito más arriba que la luna y que la América era un país lleno de serpientes y de bichitos de colores; pero ahora ya no hay niñas mayores de catorce otoños naturales, que no sepan que Inglaterra está un poquito más abajo de Carabanchel y que la América es una tierra fecunda en maridos de dril y chocolates puros y sin mancha de habichuelas.

Antes las muchachas no engordaban, porque eso valía tanto como invadir las atribuciones de las mujeres casadas; pero ahora hay señorita que se atraca de carne de *filét* y de frutas

del tiempo, sin pizca de decoro, ni sombra de púdica delicadeza estomacal.

Antes las chicas se ruborizaban cuando se las hablaba de amor y lloraban de una manera copiosa la víspera de casarse; pero ahora le piden á cualquiera palabra de matrimonio y no se ponen nunca coloradas, sin consultarlo con su madre.

Antes había niñas nerviosas; asistíamos á un bautizo, pongo por caso, y una de las chicas de la familia, que actuaba de madrina, comenzaba á dar saltitos en derredor de la pila bautismal:

—No se mueva Vd., que se me van á olvidar los latines—le decía el cura en voz baja.

—Es que no puedo estar quieta—contestaba ella pateando con suavidad sobre el entarimado.

—Me parece que le va á dar el ataque á Con-suelito—decía el padrino con acento de dolor.
Y estando en éstas, deslizábase el niño desde los brazos de la madrina hasta el fondo de la pila, renegando de las prácticas religiosas y co-

menzando á berrear en cuerda de tenores. Entretanto, la madrina caía en nuestros brazos, presa de una terrible convulsión y volviéndose expansiva y elástica como un tirante de goma.

—¡Ya le dió, ya le dió!—gritaba el padrino abrazando al ama de cría.

—Consuelito, vuelve en tí—decía una amiga de la casa pellizcando al cura por equivocación.

—Que traigan agua fresca—exclamaban unos.

—No, no; esto solo le pasa bebiendo aceite de almendras—decía el padre de la interesada;—ya no es la primera vez que usamos este remedio.

Después de todos estos incidentes, nos retirábamos á la casa de los padres, en donde la chica del desmayo nos lo explicaba como un efecto puramente nervioso.

—Miren Vdes.—nos decía—estaba tan blandido el pequeño, que se me figuró que se volvía todo papilla y ¡claro! me desmayé...

Esto sucedía hace algunos años; ahora, aunque los niños se pongan blanditos, no hacen caso las machachas de los efectos nerviosos.

Y esto no tiene nada de particular, si atendemos á que las damas más distinguidas de nuestra buena sociedad hacen gimnasia con clowns novicios en el arte difícil de romperse la cabeza en obsequio al público.

Sucede, á lo mejor, que nos encontramos con un vizconde legítimo, que lleva desmejorado el rostro por un bulto, semejante á un panecillo, sobre el ojo derecho.

—¿Qué es eso, vizconde?—le preguntamos con interés.

—Nada; un puñetazo que me dió mi prima la marquesa.

—Pero, hombre; su prima de usted debe de ser una fiera con escudo nobiliario.

—No lo crea Vd.; ¡es un ángel! pero tuvimos una discusión, un ligero disgusto por cuestión de modas y ¡zás! por poco me deshace.

—¡Cuidado con los ángeles, y con las marquesas, y con los disgustos ligeros!...—pensábamos nosotros.—Aquí, si uno se descuida, viene una sílfide y le parte la cabeza con la mayor tranquilidad del mundo...

Porque, eso sí; las mujeres pegan y maltra-

tan y hacen fechorías; pero á ellas no se le puede faltar al respeto, porque la cortesía es antes que todo y la bella mitad del género humano es débil por necesidad, y si aprenden gimnasia las señoras es sólo por distraerse y sin intención de consagrarse al pugilato doméstico.

Yo conocí á una señora de Chinchilla que se pegaba de bofetadas con un mozo de cordel, y todos decían que era una dama espiritual y hasta sensible para las cosas de casa; pero es lo cierto que en su pueblo hasta los serenos le habían cojido un miedo terrible.

Y como si esto no fuera bastante para cambiar el carácter del sexo, hay señoritas que se dedican á la política activa y se pasan el día estudiando los discursos de Castelar y los proyectos del ministerio. Luego dicen que D. Práxedes sería muy guapito si se peinase de otra manera y que D. Cristino lleva siempre los pantalones de cuadros y los chalecos de rayadillo, y otras consideraciones indumentarias relacionadas con la conveniencia del parlamentarismo...

Otras se dedican á estudiar el comercio internacional ó el equilibrio europeo; y hablan de si es duro ó no es duro el czar de Rusia como si se tratase de un pestillo de hierro dulce, y de si Carnot tiene ó no tiene que ver con una criada de servicio, morena ella y con un lunar debajo de la nariz.

Pero no es esto solo; hay mujeres superiores que leen á Krausse y á Locke, señoritas inocentes hasta cierto punto, que saben distinguir un metal de un metaloide y niñas sensibles que conocen la Ley Hipotecaria y los reglamentos de Sanidad de puertos.

Si las cosas continúan su marcha, dentro de muy poco los muchachos de letras y de ciencias habremos de retirarnos de la escena de la sociedad; y cuando se necesite de nosotros, responderemos con las mejillas coloradas por la modestia y el pudor.

—Allá mi mujer; yo no entiendo de esas cosas y soy muy inocente, aunque no les parezca bien á Vdes...

MOISÉS G. BESADA.

GRANIZO

I
¿Conque has dado un drama
al teatro? ¡Es buena!
¡Yo que había creído, amigo mío,
que era una comedia!

II
¿Qué es del mundo, dice
tu estilo correcto?
por Dios, no creas, joven, ese mundo
que es muy embustero.

III
Si caso contigo,
¡ay! se me figura
(y Dios me perdona tan grave pecado)
que muero de gula.

IV
Si tus lágrimas fuesen
perlas, morena,
eras... ¡la mar!, no hay duda,
con tanta perla.

V
Yo tengo una chica,

un trozo de cielo
que vale más duros!... ¡A ver! ¿quién la compra?
Por uno la vendo.

VI
Pon, niña, los ojos,
los ojos en blanco
para que mi pecho, con un suspiro,
escriba: «Te amo.»

VII
Ayer por la tarde
la vi en el paseo,
unida del brazo á un feo teniente
de carabineros.

VIII
¿Que aplauden tu escuela,
tu voz argentina?
No tal, esos aplausos son tan solo
por tus pantorrillas.

J. PEÑAFLORES DE GALLEGOS.

GALERIA DE BELLEZAS, *por Escaler*



Escaler

GALERÍA ARTÍSTICA, POR ESCALER



ENERO

(Cuadro de Haemerer)

El nuevo Diccionario

Amar.—Frase sonora y armoniosa, dulce expresión de un pecho que murmura, verbo, en la antigüedad, en mucha boga, y... que hoy no se conjuga!

Boca.—Nido de amor y de ternezas, encuentro de dos almas en un beso, es en la realidad, una coqueta... que siempre está pidiendo!

Corazón.—Voz vacía de sentido y viscera central de nuestra sangre, frase que representa en nuestro siglo ¡un pedazo de carne!

Dar.—Verbo regular; es este un verbo que hoy se conjuga en casos muy contados y esto es, á causa, de que en nuestros tiempos, tan solo se dan... ¡palos!

Mera.—Un animal con rabo y garras, nombre que, en sí, su cualidad expresa, adjetivo que há tiempo ya, expresaba sinónimo de suegra!

Harina.—La materia componente del pan que nuestro estómago apacigua, y, que, á falta de polvos, cubre á veces los rostros de las niñas.

Idea.—Un resultado de la mente, parto de la razón, luz inspirada, es, lo que yo quisiera tener siempre, y que siempre me falta!

Lengua.—Es una viscera carnosa, que á hablar nos facilita, y es la lengua, una cosa, que en las mujeres todas, no tiene nunca tregua.

Llanto.—*Sartas de perlas desprendidas de dos astros radiantes como soles.* Es también, el recurso de las niñas, para engañar al hombre!

Matrimonio.—Es un lazo indisoluble, conjunto de disgustos sucesivos, lánguida vida, en la que dos se aburren y mueren de fastidio!

Ojos.—Son las ventanas donde sale el alma, á preludiar amantes cantos, saetas que arrojar las niñas saben para cazar... muchachos.

Promesa.—Es una frase muy bonita, pero que solo como frase existe, pues solo se *promete* en nuestros días, lo que no ha de cumplirse!

Razón.—La facultad intelectual y de la cual (!) carecen las mujeres, por más, que en discusiones y rencillas, la quieran tener siempre.

Una.—Es entre nosotros un artículo que, lo dice ello mismo, indica... una, y que siempre, en cuestiones de cariño, es símbolo de... muchas!

Verdad.—Es cualidad que fué de otra época que solo conocieron nuestros padres, pues vemos, que hoy, no más los sinvergüenzas se dicen las verdades!

Zoquele. memo, estúpido, insolente y otros mil adjetivos que me callo, son nombres que á más de uno, les merece el autor de este nuevo diccionario.

FRANCISCO BALLESTEROS.

Un cobarde

Nunca se debiera llamar cobarde á un hombre, porque no se sabe con exactitud en qué consiste la cobardía y siempre se desconocen las causas múltiples y complejas que la determinaron. Sin tener en cuenta los temperamentos, que hacen que un hombre que tiene sangre más ó menos viva pierda la paciencia al menor insulto ó lo guarde para vengarse más tarde á sus anchas, hay mil circunstancias de tiempo, medio, edad, educación, que se necesitaría tener en cuenta antes de emitir un fallo. Además, el valor varía tanto como las ocasiones en que se produce. Se han visto hombres animosos ante un peligro físico, temblar y llorar como mujeres ante un peligro moral. Hombres que arrastran sable, nutridos con pólvora, cubiertos de gloriosas heridas, han cobrado miedo en las luchas de la conciencia. Algunos poltrones han llevado á cabo actos de heroísmo. Por el contrario, hay héroes que tienen un miedo infantil al gato de un dentista. Mujercillas que

se sienten mal viendo desangrarse un pollo, curan amputados y dan á luz sin lanzar el menor grito. Hay desgraciados que apelan al envenenamiento por el fósforo antes que dispararse un tiro en una sien; y esos tímidos á quienes aterra el frío del acero, pasan tres días en una agonía atroz que no les arranca una sola queja.

Voy á contaros el fin de un cobarde.

Cuando llegamos al fondo del valle á donde me condujo, el pobre diablo tomó mis dos manos y se echó á llorar.

Yo conocía perfectamente los motivos de su tristeza y me prestaba con frecuencia á los esparcimientos de su dolor. Más de una vez me había contado las miserias de su infancia y me eran conocidos los tormentos de su vida presente. Era hijo natural de una comedianta y un judío que había muerto en la cárcel.

Su madre lo había hecho rodar con su equipaje por todos los teatros de provincias y del extranjero, donde la habían lanzado los azares de la fortuna. Había comido en su compañía el pan de la prostitución, bebido el champagne de las cenas y servido de juguete á los amantes.

Desde que tuvo uso de razón hasta los diez y seis años, había cambiado de papá con la frecuencia que su madre de vestidos, y ésta mudaba varias veces al día. Una hermosa mañana, la madre había desfilado sin avisarle, dejándolo solo y sin recursos, en un rincón de la América del Sur. No la volvió á encontrar, y había salido de su aprieto como había podido, es decir, mal. Había vuelto, sin embargo, á París, patria de los cesantes y desesperados; pero no había conseguido ganarse la vida en esta ciudad. Había vivido al azar, ayudado por éste, alojado por aquel y alimentado por todo el mundo, porque era conocido en esa familia de bohemios que viven al aire libre y con el corazón en la mano.

Mal educado, acostumbrado á un lujo de contrabando y á la pereza, no conociendo además ningún oficio, y habiendo recibido una instrucción insuficiente y sin método alguno, era incapaz de hacer nada con sus diez dedos. Un año y otro transcurrieron en esta vida perezosa. Se dejaba arrastrar á la inercia. De cuando en cuando era presa de un acceso de vergüenza y dignidad. Entonces encontraba resoluciones; se decidía á trabajar. Pero todo esto se deshacía en un diluvio de lágrimas inútiles. Como á pesar de todo era un buen chico, encantador, bizarro y más digno de lástima que de vituperio, yo le profesaba una sincera amistad y era casi siempre su confidente en esas crisis que empezaban por arrebatos y terminaban en lloriqueos.

Pero nunca le había visto tan profundamente entristecido, tan lúgubramente desconsolado como el día en que me condujo al fondo de aquel valle escondido. Ese día, no eran lágrimas de niño las que humedecían sus mejillas; eran sollozos de hombre que sacudían su pecho.

Pude calmarle un poco con algunas suaves palabras. Pero, con gran asombro mío, no se dejó adormecer por los consuelos como de ordinario. Interrumpió bruscamente mis cariñosos mimos, mirándome á la cara con tranquila resolución.

—Ya que me demostráis algún cariño,—me dijo,—¿haríais por mí algo que acabase con todos mis males?

—Sí; haré cuanto pueda.

—Pues bien, si sentís algún afecto hacia mí, podéis probármelo haciéndome un favor que constituirá la mayor alegría de mi vida.

—¿De qué se trata?—le pregunté con curiosidad.

—Es preciso que me ayudéis á morir.

—¡A morir! ¿Estáis loco?

Comencé á creer que estaba loco, en efecto, y no comprendía á donde iba á parar. Hubiera tomado esto como una farsa, si su aire grave, su gesto deliberado y su voz firme no me hubiesen convencido de su seriedad. No era su proposición una de esas frases que se lanzan sin reflexionar en los momentos de sufrimiento. Era una proposición fría, que me causó miedo.

—Permitidme que os explique—continuó él,—cual es mi intención y cuales las causas que la motivan. Permitidme que os pruebe que no estoy loco. No os relataré una vez más mi singular existencia. Conocéis todos sus tristes y vergonzosos detalles. Sabéis, además, cómo vivo hoy. Conozco de antemano las excusas que

vuestra bondad va á buscar para estorbar mi propósito; pero no puedo aceptarlas. Tengo la conciencia de vivir en este momento como un hombre indecente. Mientras que he sido niño, he podido justificar mi ociosidad y no avergonzarme de mi parasitismo.

Hoy veo que mi conducta es indecorosa; y, lo que es más atroz aún, siento que carezco de fuerza de voluntad suficiente para adoptar otra. No me interrumpáis, os lo suplico. Vais sin duda á decirme que no es culpa mía, que mi deplorable educación es la causa de todo, y que todavía puedo enmendarme. No, amigo mío, no puedo. Me conozco á fondo y sé hasta donde puede llegar mi honradez. Si continúo viviendo, llegaré á ser un canalla. No en vano corre por mis venas la sangre de un pícaro y una cortesana. Fatalmente debo caer por espíritu de raza. El único remedio para impedirlo es la muerte. Además, amigo mío, tengo otras razones más irrefutables que aducir. Amo profunda y tiernamente á una jóven. Hé aquí un medio de rehabilitación, pensaréis quizás. Perteneceis al número de los que creen en las rehabilitaciones por el amor. Pues bien, esta puerta está también cerrada para mí. Yo no puedo conseguir que esa jóven corresponda á mi amor. Ella es pura, rica y adorada, y no por un bohemio, por un pisaverde, por un bastardo. Y aún cuando pudiera conseguir su amor, no haría sinó pasar de una situación penosa á otra más dolorosa aún. ¿Me comprendéis? Es preciso que os lo diga todo, porque sois en cierto modo mi confesor. La sangre de mis padres no me ha transmitido únicamente el mal moral, sinó que me ha inficionado un mal físico. Y desórdenes precoces lo han hecho florecer en mi pobre cuerpo. ¿Comprendéis ahora? No me he curado. He dejado que las cosas sigan su curso. Dentro de algunos años, ó meses quizás, seré presa de las últimas mordeduras del monstruo. Mis cabellos, mis dientes, mi carne, desaparecerán. Es muy tarde ya para luchar. ¡Cuando os decía que no puede ser uno impunemente el producto de dos podredumbres! ¿Os convencéis al fin, querido amigo? ¿Véis como permanezco en calma, sin exaltarme, como razono friamente y peso friamente los motivos todos de mi determinación? Con toda franqueza, respondedme, como si respondierais á vos mismo. ¿No es cierto que no tengo razón para vivir, y que en cambio mil razones abonan mi muerte? Confesad, pues, con sinceridad, que no puedo salir honrosamente de este callejón cerrado sinó por el suicidio. ¡Tened el valor de ser un verdadero amigo!

—A fé mía,—contesté, conmovido por su acento y sus palabras,—yo no sabía todo esto. ¡Pobre, pobre muchacho! Evidentemente, vale más morir.

—¿Entonces no habrá inconveniente en que me prestéis el servicio que os he suplicado?

Y dijo esto con un acento tan lleno de alegría, que me hizo experimentar una sensación de frío á la largo de la espina dorsal. Yo había respondido á sus instancias, á su loco razonamiento; pero había respondido casi en voz baja, sin pensar en las consecuencias de mi aprobación. Ahora, en cambio, sentía un gran pesar en haber dado mi aquiescencia. El lo advertió.

—¡Oh! exclamó, ¿seréis acaso cobarde como yo?

NOTA MADRILEÑA, por Cilla



—Con estas esclavinas que nos han *dao* á los del *menisterio* de la Guerra, en cuanto que pasa una señora no nos quita ojo, y es que con esta prenda *paecemos* más *bravos* y más *gentiles* los de la española infantería.

CAPRICHOS, por Espinós



—¿Por qué he de ser cobarde? ¿Y por qué como vos? Palabra de honor, que no os comprendo.

—¿Cómo! ¿No habéis comprendido aún lo que yo quiero? Acabando de deciros que soy cobarde, ya debéis comprender qué favor os pido. Sí, yo sé que la muerte es mi único recurso; sé que no puedo, que no debo vivir más; sé que es necesario desaparecer de la escena de la vida. Pero no me atrevo; soy cobarde, os digo, soy un miserable cobarde.

—¿Y bien...? balbuceaba yo temblando, porque empezaba á entrever la abominable verdad.

—¡Y bien!, dijo con voz vibrante, es preciso que vos me suicidéis.

Y me tendió un revólver.

Retrocedí horrorizado al ver el crimen que me proponía.

Entonces se me acercó, me rogó, me suplicó.

Lo había previsto todo; llevaba consigo una carta en la que manifestaba el suicidio; que nadie tenía que molestarme para nada; que el valle estaba completamente desierto; que yo debía apiadarme de él; que yo era el único ami-

go que él había encontrado en su camino y le rehusaba el único favor que me había pedido: que iba á convertirse en un pícaro, en un perdido, y yo solo tendría la culpa; que él cifraba toda su felicidad en la muerte; que yo debía darle la muerte como una limosna; que era una buena acción la que yo iba á hacer.

Y su acento era profundo, conmovedor. Poco á poco se apoderaba de mí su locura. Defendiéndome con argumentos cada vez más débiles, escuchaba los suyos y los aprobaba, persuadiéndome poco á poco de la razón que le asistía. El, viendo que me inclinaba á su favor, redoblaba sus súplicas. Había en su voz caricias, ruegos irresistibles, algo de la mujer que enloquece.

—¿Accedes, por último, no es cierto?—me dijo al fin en voz baja y al oído.

Y puso el revólver en mis manos.

El cañón del arma se dirigía en línea recta hácia su boca. Yo estaba fuera de mí. Entónces él lanzó un grito de niño. Cerré los ojos, oprimí el gatillo y le destrocé el cráneo.

JUAN RICHEPIN.

Efluvios

El mundo en las penas es
lo mismo que las mujeres,
cuando olvida sus deberes
no los recuerda después.

El mundo inférnal batalla;
el hombre torpe soldado,
que cuando se halla adiestrado
y pone el pie en la muralla,
ante aquella masa inerte
por la que luchó con gloria,
solo encuentra en la victoria
los laureles de la muerte.

A su confesor, un niño
con candorosa inocencia
¿qué es el amor? preguntó,
y el cura dió esta respuesta:
—Lo que disgusta á las madres
y lo que agrada á las suegras.

En el mundo no busques cariño
porque no lo hallarás, mal te cuadre;
te lo aseguro yo que de muy niño
perdí á mi madre.

Los soldados españoles
por su amor á la nación,
no necesitan coraza,
que les basta el corazón.

Si modesto, te desprimen,
si vanidoso, te enalzan,
y aun afirman que se anida
la caridad en el alma.

TOMÁS BRAVO Y LECEA.

Plumazos

A gloria y honores
aspiro tan solo
para luego decir que me quieres
y dártelo todo.

¿Que es una inocencia
besar en la frente?
¡Por algo tu madre
me llama inocente!

Por más que reñimos
no puedo olvidarte
que en un altarcito de nardos y rosas
conservo tu imagen.

¿Qué importa que digas
que ya no me quieres
si tus ojos, traidora, me dicen,
me dicen que mientes!

Te di un beso y viles gloria
con detalles tan divinos
que desde entonces tan solo
estar en la gloria ansío.

Ayer en la iglesia
te ví arrodillada
dirigiendo tus rezos al cielo
mezclados con lágrimas.
De tanta congoja
¿cual era la causa?

¡Ah demonio!... ¡Si aquel pecadillo
ya se me olvidaba!

ALFREDO LÓPEZ ÁLVAREZ.

Gómicos y críticos

(En el cuarto del primer actor)
¡Esta gente me encocora!
Así los partiera un rayo...
Paso el día en el ensayo.
¡En cada escena una hora!
Crea usted, señor García,
que estoy harto de los tales...
¡Son un hato de animales,
que ni Dios los sufriría!
Este barba es infernal
y se cree una eminencia.
¿Y la dama? ¡No hay paciencia!
¡Si todo lo dice mal!
Ayer, haciendo *la Peste*,
al decir ¡Muero contigo!
exclamó: *Muro con higo*,
y se me colgó del *veste*!
No la di dos puntapiés,
que al cabo es una señora...
pero estoy temblando ahora
que va á hacer la doña Inés!

—Lo comprendo... Hasta la vista!
—Que escriba usted sin ambages.
Llámelos usted salvajes...
menos á mí, en la revista.

(En el de la dama)
¿García? usted por aquí?
—A los pies de usted, señora:
está usted encantadora
como siempre que la ví.
¡Qué mirada! ¡Qué boquita!
—Vamos, no sea usted malo!
Ah... Que le pegue usted un palo
mañana á la Margarita!
¡La muy cursa! Se atrevió
á decir que yo vestía
solo de guardarropía,
y el conde... se lo creyó!
¡Habrás visto indecente!
Aquí, *inter nos*, la malvada
hace un més que está liada

con Gonzalez el teniente.
Y dicen que si el galán
ha tenido ó no ha tenido...
En fin, yo no me he metido,
porque no me paso afán...
—Lo creo...—Y en la revista
procure usted no olvidarme
que, sin que sea alabarme,
soy aquí la única artista!

(El revistero)
¡Hay un conde de por medio!
¡Con esta no logro nada!
La segunda está enredada...
¡Me aguantaré, no hay remedio!
¡A desahogar mi furor!!
¡Llamo á la dama infernal,
y en cuanto al primer actor...
diré que es un animal
de los de marca mayor!

JOSÉ MARÍA DE LA TORRE

BOTICA

De un diario local:
«El criminal y malvado asesino, llevó al campo á la inocente criatura y como si se tratara de un cabrito ó cosa parecida, le retorció el pescuezo y lo enterró echándole encima tierra y piedras».
Vamos, sí; que hizo lo que usted debía haber hecho con la pluma antes de empezar á hacer gacetas.
Por supuesto que aunque entonces no lo hiciera... todavía es tiempo ¿eh?

Señor director del ramo
de correos... ó de pestes:
Me están los corresponsales
moliendo á avisos como este:
Me han faltado veinte números...
No he recibido el paquete...
No recibo Mosca. Vigo.
Ni yo tampoco. Albacete.
Paquete deshecho y roto;
Chicago, La Habana, Orense...
Paris. No llega La Mosca...
y así sucesivamente,
y entre unos y otros me están
haciendo la mosca ustedes.
¡A ver si, por Cristo vivo,

mete en cintura á esa gente,
y si no los mete usted...
¡mándelos á hacer paquetes!..

BUZON

J. A. F. Madrid.—Crea Vd., bajo mi palabra, que este buzón no tiene las tragaderas como el de correos y aunque no me crea, antes que á poeta métase á picapedrero.

Aguilucho.—Y usted á guarda-canton.

M. Z. Alicante.—No la publico, entre otras razones, porque me asusta la amenaza de que si la pongo me va á disparar una cada semana. ¡Qué mal me quieren ustedes!

Mosca verde. Barcelona. ¡Y tan verde! Pruebe Vd. á decirle eso al oído á un cabo de carabineros y si no se pone como un clavel, mal comparado, la público orlada y todo.

J. F. Madrid.—Mira, ciudadano: antes que tú me han escrito muchos que esperan también contestación más resignados y todo. Hazme el favor de esperar el turno y ya te contestaré. Entre tanto, cree que no la publicaré cuando le llegue el turno.

N. N. Lorca.

Son consonantes ahí
Lorca y Mosca?
Pues si lo son, créame:
Publiquela Vd. en Lorca.

Faroles. Barcelona.—¿Conque que si le publico ese cor to soneto? No, y así es más corta la contestación.

EN EL CONFESIONARIO, *por Mecachis*



—De todos modos, la culpa es de Vd. Estando en una fonda ¿no sabía Vd. lo peligroso que era dejar abierta de noche la puerta de la habitación?

LA MOSCA BLANCA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles y colaboran en él
los mejores escritores y los más
renombrados dibujantes

PRECIOS DE VENTA

Número suelto.	15 céntimos.
» atrasado.	25 »

ADMINISTRACION:

CALLE DE FORTUNY, NÚM. 13, ENTRESUELO